

Original del **PREGÓN** en honor de **Santa Teresa de Jesús**, pronunciado el 11 de Octubre de 2002, por Miguel Molina Rabasco, que se acortó con el fin de no sobrepasar el tiempo programado.

PREGÓN EN HONOR DE SANTA TERESA DE JESÚS

SALUTACIÓN

Ilustrísimo señor Alcalde, Reverenda Madre Superiora y Comunidad, Autoridades, Hermano Mayor de la Cofradía y cofrades, amigos y devotos presentes en este acto:

Como es costumbre obligada, permitidme que exprese mi gratitud al Hermano Mayor, por haberme designado para la grata tarea que hoy nos reúne, confiando en mis pobres facultades para ello y mi agradecimiento, como no puede ser de otra manera, al presentador, Luis Miguel, por sus palabras, hijas más del afecto del amigo que de una clara objetividad.

Y dentro de este capítulo de agradecimientos, uno muy especial para la Madre Superiora y monjitas – perdonadme el diminutivo cariñoso- de este Convento, que tuvieron la amabilidad de recibirnos, a Luis Miguel y a mí, acompañados por el Hermano Mayor, en una visita de cortesía, de la que guardaremos, para siempre, uno de los más gratos recuerdos de nuestras vidas, por la serenidad, paz interior y emoción que supieron transmitirnos con sus palabras. Con seres así aun queda esperanza de que nuestro mundo

llegue a ser, algún día, si no el perdido paraíso, sí un lugar donde la paz y el amor sean los pilares que lo sustenten.

Y sin más preámbulos, entremos en el tema, con este primer apartado,

A MODO DE PRÓLOGO

No descubrimos nada nuevo cuando afirmamos que las simpatías o antipatías surgen de manera espontánea, con frecuencia a simple vista, sin mayor conocimiento ni contacto entre las personas. El trato después y las afinidades o discrepancias, confirmarán éstas o las anularán. Pero cuando se trata de personajes del pasado y no es posible la presencia física que haga reaccionar esa especial química provocadora en nuestra psique de la atracción o repulsa que la simpatía implica, sólo el conocimiento biográfico y la coincidencia o desacuerdo en las ideas, serán capaces de suscitarlas.

Y al hilo de estas consideraciones no creo que sea irrespetuoso expresar, en relación con seres tan excepcionales como los santos, nuestra mayor o menor simpatía hacia ellos. Y en mi caso concreto, la gran simpatía o, mejor, atracción, que Santa de Teresa provoca en mi ánimo. Ya desde muy joven, cuando a causa de mi voraz afición a la lectura, la conocí por primera vez a través de sus obras –el más perfecto conocimiento que sin duda puede existir- nuestra Santa, en expresión muy actual y en cierto modo castiza, me “cayó tan bien” que siempre la he tenido como ejemplo a seguir. De ello hay constancia en muchos de mis trabajos. Esta predilección por Santa Teresa, sin ninguna duda, fue la que, en impulso irreflexivo, me hizo manifestar mi disposición a realizar este pregón, pese a mi resistencia a esta clase de actuaciones que, al menos para mí, suponen un duro esfuerzo. Y como casi siempre ocurre, la casualidad, el destino o, con mas propiedad,

Dios, que se vale de los medios más imprevisibles, hizo que esta manifestación fuera oída y utilizada por un viejo amigo que, sin más, me comprometió para la tarea, impidiendo toda posibilidad de vuelta atrás o arrepentimiento.

Y aquí estoy, madre Teresa, como admirador de tu persona, en otro tiempo distinto y lejano al de aquella niña que fuiste, valiente y dispuesta a sufrir martirio, al de aquella monja andariega y enérgica en que te convertiste, fundadora de conventos, reformadora, escritora y teóloga; aquí estoy, en el futuro de tu época, para hablar de ti, con mi torpe palabra, que si algún mérito logra alcanzar en esta ocasión, lo será por tu causa, por tus virtudes y cualidades, tan grandes y espléndidas, que lo llenan todo sin dejar espacio vacío para los defectos ajenos.

Pero debemos seguir un cierto orden, siquiera sea para no perdernos ni volvernos reiterativos, cuando son tan varias y múltiples las facetas, hechos e ideas a las que podemos referirnos y sobre las que cabe reflexionar. Y lo primero que se me ocurre es recordar, con brevedad, la vida de la Santa, para mas adelante contemplar, en panorámica, el frondoso y bello paisaje de su obra o entrar, con respeto y emoción, en su “castillo interior”, para intentar comprender su grandeza y espiritualidad.

ESTAMPA CASTELLANA CON DOS NIÑOS AL FONDO

Castilla ha sido el núcleo al que fueron incorporándose los demás reinos y regiones que terminarían por formar, o conformar, España. Sus tierras secas, consecuencia del clima continental y extremado de la meseta – muy frío en invierno, cálido en exceso durante el estío- hacen de su cultivo un trabajo penoso y poco remunerador. Estas circunstancias han moldeado el carácter de sus gentes y, así, el castellano se hace austero, constante y trabajador. Dotado de una innata dignidad, herencia, sin duda, de la forma de

re población de Castilla con cultivadores libres, no sometidos a las *“formas degradantes del dominio feudal”* (A- Domínguez, pag. 109) , *“ se quita el sombrero pero no agacha la cabeza”*, en expresión de Fernán Caballero. De esta forma se comprende por qué allí han surgido seres ejemplares en energía, tesón y dignidad, capaces de exigir a su rey juramento de no hallarse implicado en algunos sucesos criminales y, además, reconquistar luego, para su señor, territorio invadido por los musulmanes, como hizo el Cid. Aún parece resonar por sus tierras el galopar de las huestes del guerrero y el ahogado llanto de Jimena, siempre temerosa de los peligros en acecho, porque también allí, como en cualquier otro lugar, cruza la sombra siniestra de Caín y de la envidia, como denunciaba Machado.

Y se entiende, igualmente, que floreciera en este suelo el alma –que no el cuerpo inexistente- de otro singular caballero como el de la Triste Figura, eterno perseguidor de injusticias, desfacedor de entuertos, enamorado constante de la mujer ideal, permanente soñador de sueños de gloria, siempre vapuleado y maltrecho, pero de espíritu rebelde, nunca sometido ni acobardado por derrotas o adversidades, ni por las malas artes de malvados enemigos, fueran o no encantadores. Y se comprende, asimismo, que Dios escogiera estos lugares para el nacimiento de una mujer tan singular, tan fuerte de alma, tan inteligente y enérgica como Teresa de Jesús.

Dentro del reino castellano, Ávila es una ciudad especial. Sus murallas, que la limitan y constriñen, le dan también un aspecto de fortaleza, de castillo inexpugnable. Según expresa Unamuno, *“viendo a Avila se comprende cómo y de donde se le ocurrió a Santa Teresa su imagen del castillo interior y de las moradas”*. La ciudad y el paisaje en derredor, contemplados desde lejos en el atardecer de un cálido verano, cuando el sol hace resplandecer las murallas y los edificios, apretados entre sí como un solo cuerpo, forman

una bellísima estampa en la que solo cabe situar, con la imaginación, dos pequeñas figuras infantiles escapando del recinto, con la insólita intención de vivir la aventura de un martirio: los hermanos Teresa y Rodrigo.

BREVE BIOGRAFIA

Esta increíble escapada de una niña de siete años en compañía de su hermano, con ánimo de ofrecerse en un supremo sacrificio, en *“tierra de moros, pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen”*, según sus palabras, *“por gozar tan en breve los grandes bienes que leía haber en el cielo”*(V.1,5), despierta nuestra curiosidad y nos incita a conocer a la persona excepcional que tan tempranamente es capaz de adoptar decisiones de tamaña naturaleza. Parece conveniente, pues, siquiera sea de forma somera, recordar su vida y descubrir los rasgos más destacados, que nos permitan entrever su aspecto humano y comprender o, mejor, atisbar, su encantador y maravilloso mundo interior y admirar su difícil habilidad para expresar, con belleza y sencillez, sentimientos y emociones íntimas, pensamientos profundos.

Nace Santa Teresa el 28 de marzo de 1515. Hija de don Alonso Sánchez y Doña Beatriz de Ahumada, recibe las aguas bautismales en la Parroquia de san Juan, de Avila. Su madre, muy joven aún, muere a los 33 años, después de haber tenido diez hijos que, unidos a los dos del matrimonio anterior de D. Alonso, forman una numerosa familia de doce hermanos: tres hembras y nueve varones.

Desde muy niña, sea por el ambiente de la época, sea por la religiosidad familiar, a Teresa se le despierta intensa devoción. Después del episodio narrado, ella misma nos lo dice: *“procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando*

jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho” (V.1, 6)

Mas tarde, muerta su madre, se da a la lectura de libros, especialmente de caballería, tan en boga entonces, y disminuye su dedicación a las devociones, mientras crecen las aficiones mundanas: *“comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa”* (V.2, 2) La inclinación por unos primos –los Mejía- a la que se opuso el padre, y el contacto excesivo con una parienta de *“tan livianos tratos”* que *“mi hermana y mi padre sentían mucho esta amistad: reprendíanmela muchas veces”*, (V.2, 4), todo ello dio lugar a un enfriamiento de la devoción y a un interés por lo mundano.

Con el casamiento de la hija mayor, doña María de Cepeda, el padre, D.Alonso, halló la ocasión de apartar a Teresa de aquellas compañías y la confió a las monjas agustinas de Santa María de Gracia, lo que justifica ella escribiendo *“porque haberse mi hermana casado y quedar yo sola sin madre no era bueno”* (V 2,6). Tenía, entonces, dieciséis años. Allí rebrotaron sus inquietudes religiosas y de regreso a casa a consecuencia de una enfermedad, planteó a su padre el deseo de tomar hábito. Pero Don Alonso no accedió a la petición y, tras muchos ruegos, a lo mas que llegó fue a consentir que, transcurridos sus días, hiciera lo que quisiese.

Y he aquí que, nuevamente, tras la marcha de varios hermanos a ultramar, ella decidió huir, acompañada de otro hermano, al que previamente había convencido, para tomar ambos el hábito religioso. Esta nueva salida nos trae a la memoria la del aquel viejo Alonso Quijano, castellano como Teresa, también gran lector de libros de caballería, también todo corazón, decisión y valentía. Tiene razón Unamuno, gran admirador de la

Santa, cuando la califica de Dama Quijotesa. Que causaba dolor a su padre, lo sabía, pero su misión, como la de D. Quijote, era más importante y pese a que *“cuando salí de casa de mi padre, no creo será mas el sentimiento cuando me muera “* (V 4,1), marchó hacia su destino. Don Alonso tuvo que resignarse y el año siguiente, 1536, el 2 de noviembre, día de ánimas, toma el hábito en las carmelitas de la Encarnación

Se encontró tan feliz en el camino emprendido, que ella misma confiesa: *“Me dio un tan gran contento de tener aquel estado, que ya nunca jamás me faltó hasta hoy”* (V.4, 2. Pero los designios de Dios, como la conocida frase afirma, son inescrutables. Al poco tiempo enfermó de un mal desconocido. Tratada por diversos médicos, todos la dan por desahuciada. Entonces su padre decide ponerla en manos de una curandera de Becedas, que la somete a penosas curas de purgas, con lo cual, posiblemente, consigue deshidratarla. Después de tres meses le sobrevienen ataques al corazón y Don Alonso decide llevarla a Avila. Corría el mes de Julio de 1539. La noche del 15 de agosto cae en coma profundo y la tienen por muerta. Así permaneció cuatro días, con la tumba abierta en su convento y celebrados los funerales. La negativa de Don Alonso de darle tierra, fue acertada y la paciente, al fin, salió del trance. Quedó paralizada, encogida, moviendo solo un dedo de la mano derecha, hasta la Pascua de 1540. El 28 de marzo cumplía veinticinco años. Se inicia una leve mejoría, pero tres años después sigue sin poder andar. La curación definitiva, según ella declara, se la debió a San José, de quien era devota.

Seguir al detalle su biografía, sería largo y excesivo para el propósito de este acto. Vamos a señalar, simplemente, a grandes rasgos, los acontecimientos más importantes, sin mayor comentario. Personalmente me interesa profundizar mas en su alma, que recordar las vicisitudes ocurridas a lo largo de su vida.

Repuesta de aquella crisis física, y tras diversas lecturas – “Las Confesiones” de San Agustín entre ellas- se intensifican sus vivencias en la Fe y empieza a tener visiones, que muchos de sus conocidos atribuyen al demonio, aunque ella, obstinada, no dudaba que eran de Dios. En Agosto de 1560 tiene un encuentro en Ávila con San Pedro de Alcántara, quien afirmó que tales visiones, “ *si no era la fe, cosa más verdadera no podía haber* “ (N 30,5.) Poco después tuvo una horrible visión del infierno, lo que la impulsó a adoptar el propósito de guardar su Regla con la mayor perfección y fundar un convento con disciplina menos relajada. A lo largo de su existencia, con dificultades y problemas múltiple, va sembrando por la geografía española los conventos de San José, de Ávila, Medina del Campo, Malagón, Río de Olmos, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba de Tormes, Segovia, Beas, Sevilla, Palencia, Soria, entre otros.

Para comprender bien los hechos de una época pasada, es necesario conocer el ambiente, la situación, las circunstancias, en suma, en las que se desarrolla la vida en aquel momento y qué influencias son las mas acusada. ¿Qué causas mueven a Santa Teresa a luchar por la reforma de la Orden y qué le induce a la fundación de nuevos conventos, pese al exceso de ellos, sobre todo en pequeñas ciudades como Avila o Soria?

Demos un ligero vistazo a la situación: ***El historiador Domínguez Ortiz, en El Antiguo régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias, señala:*** “*La irreverencia en los templos, producto de la continua asistencia y demasiada familiaridad, era denunciada constantemente. En los templos se citaban los jóvenes que no tenían otro sitio donde encontrarse; fiestas y romerías tomaban con frecuencia un carácter báquico y orgiástico que las autoridades eclesiásticas se esforzaban en vano por suprimir. Como la religión iba asociada a todos los actos de la vida se la encontraba unida no solo a los buenos, sino a los poco recomendables, y la estampa del asesino que después de acuchillar a su víctima se*

descubre y reza un padrenuestro por su alma, sino verdadera, tampoco estaba muy lejos de la realidad.”..Y añade:...” bullía, en la vida religiosa, como en los demás aspectos de la existencia, una exigencia de nuevos horizontes, un deseo de acción y una tendencia a clarificar y decantar todo cuanto de bueno y malo aparecía revuelto; era un caos repleto de enormes posibilidades y complicado, en el caso español, por el problema tremendo de la asimilación de los nuevos convertidos, muchos de ellos insinceros...”” Por eso el problema converso yace en el fondo de los dos grandes hechos de aquella época: la Inquisición por un lado, fenómeno negativo, de pura defensiva; de otro, la renovación religiosa en un sentido espiritualista, como superior al ceremonial externo que, en la masa popular, tendía con frecuencia a convertirse en simple superstición. Franciscanos y dominicos aparecían ya entonces como portavoces de reforma religiosa...” “La crítica de las costumbres del clero y la convicción de la necesidad de reformarlo ya se había preconizado y en parte realizado antes de Erasmo. Éste recomendaba la vuelta a las fuentes del Cristianismo, a la Biblia, a los Santos Padres, y la sustitución del escolasticismo decadente por un humanismo cristiano”.

No parece necesario abundar en el tema: Estaba más que justificado el interés en la reforma y Santa Teresa, al impulsar la del Carmelo, con San Juan de la Cruz, no hacía otra cosa que seguir una opinión o, mejor, una aspiración de los creyentes mas ilustrados, “*un movimiento protagonizado por las clases altas y medias*” a las que pertenecían Borja, Loyola, Juan de Avila y la propia Teresa.

Pero el problema era agudo y no fácil de resolver. Lo demuestran las dificultades y obstáculos que hubo de vencer. Los peores enemigos eran los de casa, los que esquivaban mayores rigores, austeridades y sacrificios. En muchas ocasiones fueron perseguidos y maltratados los reformadores y hasta apresados –secuestrados sería más real expresión–,

como San Juan de la Cruz, en cuyo favor hubo de escribir la Santa al propio Felipe II, rogándole justicia. Esto puede explicar las diversas fundaciones que antes se han reseñado, pese a que existía excesivo número de monasterios, especialmente en Castilla; se trataba, también, de reducir el número de monjas y monjes acogidos en cada uno de ellos, con objeto de lograr mayor disciplina. La abundancia de religiosos (33.087 clérigos seculares, 20.697 religiosos y 20.369 monja, solo en dicho reino), aparte la influencia de la Iglesia en la época, también hay que verla como consecuencia de que muchos encontraban en tal estado una forma de vida más cómoda y respetada.

Pero retomando el hilo de la biografía de la Santa, hay que subrayar la febril actividad desplegada desde 1560 hasta su muerte el 4 de octubre de 1582. Lleva a cabo numerosas de fundaciones y viaja incansable por todos los caminos; pero aquellos caminos, con la mentalidad actual, tendrían que calificarse de intransitables. Llenos de polvo en verano y de barro en invierno, pocos poseían un rudimentario pavimento. Los de herradura, más estrechos, apenas senderos desdibujados, tenían la ventaja de acortar distancias, con lo que coches y carretas efectuaban un mayor recorrido. Piénsese, en estas circunstancias, las incomodidades de cualquier viaje; y si, además, el viajero tiene la salud quebrada, el esfuerzo y la voluntad que son necesarios para realizarlos, abandonando la tranquilidad del convento. Solo una persona con la energía y tesón de Santa Teresa, es capaz de soportar tantas fatigas, sin agotarse, sin desertar, firme en sus ideas, convencida de que su misión justificaba de sobra cualquier penalidad, por dolorosa y pesada que fuere. Otra vez nos recuerdan estas andanzas, las del enjuto Don Quijote, también firme y seguro de su destino impar, único.

En el último de sus viajes, después de fundar en Burgos y después de pasar por Palencia, Valladolid, Medina, llega a Alba de Tormes y el 1º de octubre se acuesta

desfallecida para no levantarse más. El 3 confiesa y recibe los últimos sacramentos y a las 9 de la noche del siguiente día, 4 de octubre, muere. Como dato curioso, recordaremos que, con la reforma gregoriana del Calendario y su reajuste, el día siguiente, cuando le fue dada tierra, era ya el 15 de octubre. En 1622 fue canonizada por Gregorio XV el 12 de marzo. En 1970, Pablo VI, la declara Doctora de la Iglesia

MISTICISMO Y MÍSTICOS

Si resulta difícil aprehender en el breve espacio de una definición las cualidades o contenidos por virtud de los cuales algo es como es y no de otra manera, la dificultad se acrecienta hasta extremos inconcebibles cuando se trata de fenómenos o hechos inmateriales no medibles, ni pesables, ni desmenuzables como las cosas físicas.

Del misticismo se ha escrito bastante y, en principio, parece que todos tenemos claro lo que significa. Esquivando otras doctrinas y fenómenos semejantes de los que existen constancia (después de todo, como resultado de la fe, pueden darse en cualquier creencia) nos ceñiremos al misticismo cristiano moderno, cuyos exponentes más representativos pertenecen al Siglo XV. Este misticismo es un especial y extraordinario estado de perfección y de contacto o comunicación del alma con Dios mediante la fe y el amor, que en situaciones de exaltada comunión puede dar lugar a éxtasis y otras manifestaciones no explicables con los medios y conocimientos hoy a nuestro alcance.

Amor en su forma más excelsa –Dios es amor- y voluntad de seguir sin vacilaciones los dictados del Amado, de desear su presencia, de romper las ligaduras que

nos sujetan al mundo, si éste es causa de alejamiento; amor con la energía suficiente para superar cualquier obstáculo; amor de tal intensidad que imprime al alma el impulso necesario para alcanzar, en un momento, el destino deseado, siquiera sea de forma transitoria y breve, como un adelanto del futuro contacto con Dios.

Estas experiencias son difícilmente expresables en el lenguaje humano, ligado de forma esencial a la realidad visible y tangible. Por ello el místico recurre a otro más metafórico o simbólico, con la intención de suscitar en el ánimo emociones parecidas, guardando siempre una gran distancia con la vivencia mística. Así ocurre en San Juan de la Cruz que, con Santa Teresa, forman la cumbre de nuestro misticismo. Emplea la poesía, sin pretender ser poeta – que sí lo es y el más elevado de la lengua española- porque con imágenes y sonoridades inimitables, puede conmocionar y hacer vibrar hasta los rincones más apartados de nuestra alma, en un intento por comunicar las sensaciones vividas en los momentos de cercanía o diálogo con la Divinidad. Sensaciones inefables que difícilmente los recursos normales del lenguaje puedan expresar. El propio Santo así lo afirma: “*Porque, ¿quién podrá escribir lo que a las almas amorosas, donde El mora, hace entender? ¿Y quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? ¿Y quién, finalmente, lo que las hace desear? Ciertamente, nadie lo puede; cierto, ni ellas mismas por quien pasa lo pueden; porque ésta es la causa por qué con figuras, comparaciones y semejanzas antes rebosan algo de lo que sienten, y de la abundancia del espíritu vierten secretos y misterios que con razones lo declaran. Las cuales semejanzas, no leídas con la sencillez del espíritu de amor e inteligencia que ellas llevan, antes parecen dislates que dichos puestos en razón, según es de ver en los divinos Cantares de Salomón y en otros libros de la Escritura Divina, donde no pudiendo el Espíritu Santo dar a entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla misterios en extrañas*

figuras y semejanzas. De donde se sigue que los santos doctores, aunque mucho dicen y más digan, nunca pueden acabar de declararlo por palabras, así como tampoco por palabras se pudo ello decir..” Y más adelante: “los dichos de amor es mejor declararlos en su anchura, para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu, que abreviarlos a un sentido que no se acomode todo paladar. Y así, aunque en alguna manera se declaren, no hay para qué atarse a la declaración; porque la sabiduría mística (la cual es por amor, de que las presentes canciones tratan) no ha menester distintamente entenderse para hacer efecto de amor y afición en el alma, porque es a modo de la fe, en la cual amamos a Dios sin entenderle”.(Del prólogo a Cántico espiritual)

Jorge Guillén resume, a la vista del texto transcrito, que el tema del santo es el amor; que el amor no puede decirse, es inefable pues “como el lenguaje exige tantas condiciones lógicas, algo de lo que no es pensamiento racional no encaja en la frase o el discurso; que de esta inevitable inequivalencia se deduce la necesidad de la poesía. “A la expresión del amor se le escapa su objeto. Pero en una tentativa parcial sí puede alcanzársele. ¿Cómo? Apelando a la transposición. Así, con “figuras, comparaciones y semejanzas” se sugiere algo de los “secretos y misterios”. La poesía habrá de resolverse, pues, en el lenguaje figurado: comparación, metáfora, símbolo. El lenguaje rebasa entonces sus límites intelectuales”

Esta imposibilidad de explicar la experiencia mística lo afirma el propio San Juan de la Cruz al comentar la estrofa “Oh lámparas de fuego” del Cántico “Llama de amor vivo”:
“Todo lo que se puede en esta canción decir es menos de lo que hay, porque la transformación del alma en Dios es indecible”. En el mismo sentido José Luis L. Aranguren, en el prólogo a “Poesía y otros textos “ del Santo, escribe: *La poesía es, en San Juan e la Cruz, lenguaje de la mística. Pero ¿es el lenguaje de la mística? Propiamente*

hablando, no. La mística carece de lenguaje. La expresión de la mística es la experiencia mística íntima. La poesía no hace sino traducir en palabras, tanto como puede, aquella experiencia.. La actitud de San Juan de la Cruz, en cuanto al lenguaje (poético) es equilibrada: percibe su insuficiencia y, al mismo tiempo, reconoce su poderío, y hace supremo uso de él, no muestra sombra de desprecio por el lenguaje, como por ninguno de los dones del hombre. San Juan de la Cruz demanda, como veremos que se cierren los ojos a la naturaleza, que se apaguen la imaginación y la fantasía, que se vacíen las potencias del alma... y, sin embargo, canta a la naturaleza, imagina grandes símbolos, redacta tratados muy inteligentes y meditados y, en fin, escribe poesía.

Nuestra Santa no alcanza la altura poética de San Juan de la Cruz, aunque está próxima y versifica muy bien; las dificultades para explicar las visiones que en ocasiones tiene, las sensaciones que sacuden su cuerpo delicado y toda su alma en los momentos de arrobamiento o cuando escucha la palabra de Jesús, ha de suplirlas con el recurso a imágenes y comparaciones, que en sus escritos están engarzadas, como gemas brillantes. “*Habré de aprovecharme de alguna comparación...*”, dice ella (V. 11.6.) Y hablando del goce en la oración, afirma: “ *no me parece que es otra cosa sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos como decirlo ni como declararlo, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable ni se calle, ni si se ría ni si llore; es un glorioso desatino, una celestial locura..*” (V. 16.1). “*Estando hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí –porque yo no atinaba a cosa que decir. -*” (1ª Moradas 1,1) Y, mas adelante, escribe: “ *Son tan oscuras de entender estas cosas interiores* “ (1ª M 2.7) “*Para comenzar a hablar de las cuartas moradas, bien he menester lo que he hecho, que es encomendarme al Espíritu Santo y suplicarle de aquí en adelante hable por mí..*” (Cuartas morada 1.1)

Pero, insistiendo en el tema, ¿es posible, aún utilizando los medios más expresivos y emotivos de la lengua comunicar, siquiera sea de forma aproximada, las sensaciones vividas en el estado de éxtasis? ¿Pueden describirse los distintos estadios que conmueven y arrebatan al alma en los momentos mas exaltados de su contacto con la divinidad, en el climax de la entrega a Dios?. Parece muy difícil incluso para seres tan excepcionales como los místicos. Han de recurrir, ante la inexistencia en el mundo físico de nada comparable, a imágenes capaces de excitar la sensibilidad y hacerle percibir, de lo cotidiano y tangible, algo de lo suprasensible. Ya he indicado como la poesía pueden aproximarnos al sentir místico. Y dentro de la poesía aquélla que contiene situaciones que nos sustraen momentáneamente de la simple materialidad o la recubre de halo poético que oculta su íntima sustancia, como ocurre con el amor humano. No es extraño que para el místico, un poema tan extraordinario como el Cantar de los Cantares, de Salomón, sea el paradigma del estado de exaltación de la unión del alma con Dios. El alma será la eterna enamorada del Esposo divino y llorará su ausencia, y gozará de su compañía, y se sentirá transporta con el beso o el abrazo del Amado.

San Juan de la Cruz, siguiendo al libro Sagrado, ante la ausencia del Esposo, describirá el alma herida y sus gemidos:

**¿A dónde te escondiste,
amado y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste
Sabiéndome herido;
Salí tras ti clamando y eras ido.**

Y dolorida, al encontrarse sola, inquiere:

¡Ay! ¿quien podrá sanarme?

Acaba de entregarte ya de vero.

No quieras enviarme

De hoy mas mensajero,

Que no sabe decirme lo que quiero.

Ruega, con la pasión de la enamorada, que no envíe intermediarios ni mensajeros que nunca podrán consolarla de la ausencia, ni sabrán decirle lo que oír desea. Hasta que alcanza su a satisfacer su anhelo y, entonces,

... a su sabor reposa

el cuello reclinado

sobre los dulces brazos del Amado.

Comentando estos versos, San Juan explica: *“Reclinar el cuello en los brazos de Dios es tener ya unida su fortaleza, o por mejor decir, su flaqueza en la fortaleza de Dios; porque los brazos de Dios significan la fortaleza de Dios, en que, reclinada y transformada nuestra flaqueza, tiene ya fortaleza del mismo Dios. De donde muy cómodamente se denota este estado del matrimonio espiritual por esta inclinación del cuello en los dulces brazos del Amado ; y porque Dios es la fortaleza y dulzura del alma, en que está guarecida y amparada de todos los males y saboreada en todos los bienes “.*

En el canto “Llama de amor viva”, exclama:

¡Oh llama de amor viva,

que tiernamente hieres

de mi alma en el más profundo centro!

**Pues ya no eres esquivia,
acaba ya si quieres;
rompe la tela de este dulce encuentro.**

Y nos comenta el santo: *Esta llama de amor es el espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo, al cual tiene ya el alma en sí, no como fuego que la tiene consumida y transformada en suave amor, sino como fuego que, demás de eso, arde en ella y echa llama, como dije, y aquella llama baña el alma en gloria y la refresca en temple de vida divina.* Y cuando dice “acaba ya si quieres”, quiere decir, “acaba ya de consumir conmigo perfectamente el matrimonio espiritual con tu beatífica vista”.

Santa Teresa, con una destreza singular, nos describa sus estados anímicos con plasticidad y sencillez incomparables, igualmente poéticas. Así, en “Meditaciones sobre los Cantares”, escribe: “*Siéntese una suavidad en lo interior del alma, que se da bien a entender y sentir que está vecino el divino Esposo de ella..*” “*Así parece este amor suavísimo de nuestro Dios, que se entra en el alma, y es con gran suavidad y la contenta y satisface, y no puede entender cómo ni por do entra aquel bien*”.

En el “Libro de su Vida” (cap. 29.8) escribe: “***Desde ha poco tiempo comenzó su MAJESTAD, como me lo tenía prometido, a señalar mas que era Él, creciendo en mi un amor tan grande de Dios que no sabía quien me lo ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo lo procuraba. Víame morir con deseo de ver a Dios y no sabía adónde había de busca esta vida, si no era con la muerte***”. Mas adelante, describiendo los ímpetus irrefrenables que la acometen, nos dice: “***No ponemos nosotros la leña, sino que parece que, hecho ya el fuego, de presto nos echan dentro para que nos quememos. No procura el alma que duela esta llaga de la ausencia del Señor, sino hincan una saeta en lo mas***

vivo de las entrañas y corazón a las veces, que no sabe el alma qué ha ni qué quiere.”(V. 29.10)

VISITA AL CASTILLO INTERIOR

De la imagen física de Santa Teresa tenemos un buen retrato literario, que figura en la Introducción de sus Obras Completas, editadas por la BAC. Pero yo he expresado antes el deseo de llegar a su intimidad, de tratar de entrever o vislumbrar, si ello es posible con tan corta capacidad como la mía, ese espléndido “castillo interior” que intuimos constituye su alma, recia, singular, fuerte y reluciente como un diamante, tal como ella consideró que podían compararse las almas, **“adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas”**. Y para ello, con todo el respeto y devoción debidos a lugar sagrado, vamos a intentar visitar algunos de esos aposentos de la Madre, para descubrir y admirar sus extraordinarias virtudes y cualidades.

Lo primero que se nos muestra, nada mas acercarnos, es su gran capacidad de sacrificio, o más cierto aún, su deseo de sacrificarse tanto por los demás como por Dios. Ya, nada mas comenzar el relato de su vida, nos dice que pese a los martirios, los *“santos parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios”* (V.1.5) Por ello, como al principio se relató, urdió con su hermano llegar hasta tierra de moros para que *“los descabezasen”* (V.1-5)

En sus relaciones con los demás, siempre procuraba contentar a todos. Con su peculiar sencillez, así lo expresa: *“En esto me daba Dios gracia, en dar contento a dondequiera que estuviese (V.A-8)”* Y lo ratifica mas rotundamente cuando afirma que “

en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar” (V.3.4). No le importaba su incomodidad ni el esfuerzo que pudiera suponerle. Pero cabría preguntarse si es posible el sacrificio sin la existencia de una firme voluntad. Personalmente creo que no. Las penalidades, sean morales o no, las renunciaciones que pueden herirnos hondamente o los esfuerzos que escapan a nuestra capacidad física, exigen una voluntad fuera de lo común para superarlos. Así se desprende de la confesión que hace cuando dice *“como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada...”* (V. 13.7) Esto es, olvidarse de sí misma, no hacer caso del dolor ni dejarse vencer por la miseria de cuerpo para obrar en la consecución del destino marcado por Dios.

Está clara, pues, su capacidad de sacrificio, y de él hemos conocido ejemplos en las breves notas de su biografía. Pero el sacrificio es efecto de otras causas, como pueden ser el amor a Dios o el temor, o ambos a un tiempo. La madre Teresa confiesa que se espantaba mucho al *“oír que pena y gloria eran para siempre...”* Y le gustaba repetir durante largo rato: *“ ¡Para siempre, siempre, siempre!”* (V.1.5) Era como una forma ingenua de intentar comprender la eternidad y el terrible castigo que supondría no gozar nunca de la presencia de Dios o la indecible felicidad de estar continuamente junto a Él. Pero mantener esa permanente situación de sacrificio, sufrimientos y entrega exige una fortaleza interior que solo puede darla el fuego de un amor intenso que, de alguna manera, se cree o se siente no solo correspondido sino también explicitado. No basta con la promesa desde la ausencia, a través de “mensajeros” –o interpretes- “ que no saben decir” lo que oír se quiere; hace falta el contacto más o menos cotidiano, la voz queda, a solas, en la intimidad, susurrando esas delicadezas ingenuas que los enamorados saben expresar, como ocurre en el “Cantar de los Cantares”, sobre el que nuestra Santa nos dejó unas encantadoras meditaciones. Y esto lo

consigue con la oración. Porque la oración no deja de ser otra cosa que un diálogo íntimo, donde entre ruegos y súplicas, se vierten a veces incluso amorosos reproches, como aquel delicioso del Cántico Espiritual:

*¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no lo sanaste?*

“Tenía, escribe la Santa, este modo de oración: que, como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí”. (V. 9.4) “Procuraba lo mas que podía traer a Jesucristo, nuestro Bien y Señor, dentro de mi presente, y ésta era mi manera de oración” (V.4.8) ¿Os podéis imaginar algo más extraordinario? ¿Cabe mayor unión? No resisto, y ruego disculpas, recordar la coincidencia con un viejo poema de juventud:

Porque estás mi Dios, aquí, conmigo
en lo más hondo de mí propia alma
y al mirarte en mi, los dos a solas,
mi corazón se abrasa.

Y todo ello en soledad, en *“la soledad sonora”* donde, según San Juan de la Cruz, las potencias del alma *“pueden recibir bien el sonido espiritual”*. Porque algunas manifestaciones del amor tienen toda su espontaneidad y fuerza en soledad, sin testigos, apartados del ruido del mundo, de la algarabía multitudinaria, cuando el silencio, más que romperse, se acentúa con el quedo y apenas perceptible rumor de una expresión de afecto.

Pero la soledad, así, en abstracto, admite diversas interpretaciones o perspectivas, incluso contradictorias. En otra ocasión he hablado de ello y tal vez sea conveniente volver sobre el tema. Existe una soledad angustiosa, desesperada, cortante y fría como viento

polar: es cuando el dolor nos aísla del entorno, de cuanto está junto a nosotros, como si el mundo se hubiera quedado vacío con solo nuestra presencia fantasmagórica en la oscuridad de una noche eterna. Es la que debió sentir María, la Madre de Jesús, después de la muerte del Hijo. Hay, también, otra soledad distinta, fértil, creadora, surgida del aislamiento voluntario para pensar, como el sabio o el filósofo, para crear como el artista o el poeta; soledad fecunda, sugestiva, en la que, transitoriamente apartados, no dejamos de percibir, próximos, a otros seres que sabemos nos esperan y de los que intuimos el cálido palpito de sus vidas, que tanto nos importan.. Y existe, por último, la soledad de quien, aún cuando se multiplicaran todos los seres, la tierra, el cielo con sus millones de estrellas, y el espacio físico se llenara hasta rebosar de objetos y vidas, siempre estaría solo, sin sentir ni oír nada en derredor, porque otro espacio –el psíquico, el interior- está lleno por una presencia única, inmensa e inigualable: Dios. Y solo su voz es la que se oye como una “*música callada*”, y solo sus palabras se escuchan y solo su presencia amorosa se siente, estremeciendo el cuerpo y el alma en una sacudida inexplicable e inconcebible: es la soledad del místico, de cuyo entorno ha desaparecido todo lo creado para dejar ver sin obstáculos la presencia, para nosotros imposible de describir, del Creador. Así Teresa pudo decir: *Muchas veces, Señor mío, considero que si con algo se puede sustentar vivir con Dios, es e la soledad.*”

Un alma en dios encendida,

¿Qué tiene que desear

sino amar y más amar,

y en amor toda encendida

tornarte de nuevo a amar?

Adentrándonos en otro aposento o morada, nos encontramos con una voluntad fuerte, casi férrea, capaz de vencer obstáculos tan duros y penosos como una larga enfermedad y sus secuelas, que no eran pocas. Ya se ha aludido a los continuos viajes que realizó por los caminos de la época, polvorientos y accidentados, con el cuerpo débil y dolorido sometido a constante traqueteo; y más difícil que vencer y soportar las incomodidades físicas, era enfrentarse a múltiples problemas, como los planteados por la reforma de la Orden. Ella era consciente de la necesidad de acabar con las viciadas costumbres e intereses bastardos y turbios. Pero las implicaciones de esta situación eran amplias y se encontraba enquistadas, esencialmente, en la misma médula de la propia organización religiosa, lo que explica por qué los más enconados enemigos de los reformadores fueron los propios religiosos, que se oponían con fiereza a cualquier cambio. Conviene recordar, a riesgo de ser reiterativo, como la Santa hubo de dirigirse al mismísimo Felipe II a favor de San Juan de la Cruz, a la sazón recluso, mejor podría decirse detenido o secuestrados, por sus propios compañeros. (Carta 211)

Una vida tan rica y vitalista como santa Teresa, pese a lo quebrado de su salud, no puede concebirse sin una energía poderosa que imprima al cuerpo la fuerza de la que, en principio, carece y al alma una exaltación permanente. Y ésta no es otra que la Fe.

Santa Teresa posee una Fe a toda prueba y aún cuando a veces parezca que flaquea –ella se confiesa siempre pecadora e indigna– no es cierto. Ni siquiera se le escapa un velado reproche, al modo de la enamorada del Cantar de los Cantares, como resultado de un amor que únicamente se sacia con la presencia del Amado. Su alma quería huir del cuerpo para llegar definitivamente a Dios.

SANTA TERESA VISTA POR OTROS INGENIOS

Por si alguien pudiera considerar excesiva mi devoción teresiana y, por tanto, deformada mi visión de la Santa, voy a permitirme escoger, siquiera sea de forma breve, algunos de los juicios y opiniones de dos figuras tan dispares y distintas como Menéndez y Pelayo y Miguel de Unamuno.

Dice D. Marcelino : *“¿ Y que diremos de la mística doctora de Ávila? ¿Quién tuvo mejor sentido, sentido práctico, en la recta acepción de la palabra...? “Por eso da a su doctrina una base psicológica, y arranca del conocimiento propio, en las Moradas”. Y añade: “Por eso el alma, si en la oración de recogimiento es María, en la de unión es Marta; porque Santa Teresa no separa nunca la vida activa de la contemplativa” “Amor de Dios y del prójimo es en lo que debemos trabajar; guardándolas con perfección hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con Él... La más cierta señal que a mí parecer hay... es guardar bien el amor del prójimo... Y estad ciertas que mientras más en éste o viéradas aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios. Y añade, como si viera en profecía a los quietistas escudarse con su autoridad y con su nombre y los rechazara como malos e infieles discípulos:” Cuando yo veo almas muy diligentes en la oración.... y muy encapuzadas cuando está en ella, que parecen no osan bullir ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión... Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; que si ves una enferma a quien puedes dar un alivio no se te dé nada de perder su devoción, y te compadezcas de ella, y si tiene algún dolor te duela a ti... Esta es la verdadera unión. (Morada V)“Y este es el misticismo español, no enfermizo ni egoísta e*

inerte, sino viril y enérgico y robusto, hasta en la pluma de las mujeres. Nadie ha descrito como santa Teresa la unión de Dios con el centro del alma; nadie la ha declarado con tan graciosas comparaciones, ya de las dos velas de cera que junta su luz, ya del agua del cielo que viene a henchir el cauce de un arroyo. Pero esta unión no trae consigo el aniquilamiento ni el nirvana: el alma conoce y afirma su personalidad, y fortificada con el vino de la bodega del Esposo, vuelve a la caridad activa y a las obras (Morada VII).

Confirmando lo expuesto anteriormente sobre la forma poética de la expresión mística, Menéndez y Pelayo nos dice “ *Todos nuestros grandes místicos son poetas, aún escribiendo en prosa, y lo es mas que todos Santa Teresa en la traza y disposición de su Castillo Interior....*” *De la poesía atribuida a ella., de dudosa autenticidad, no puede decirse lo mismo, salvo en la letrilla*

Vivo sin vivir en mi

Y tan alta vida espero

Que muero porque no muero

Y cerrando estos comentarios del insigne polígrafo, no me resisto a transcribir los siguientes párrafos: *La extática doctora avilesa, serafín abrasado en amor divino, heroica fundadora, nacida para revelar al mundo los más hondos misterios del erotismo sagrado, los regalados favores del celestial Esposo, y para penetrar, cuanto en existencia terrena es dado, en el piélagos de la bondad y hermosura divina, sin perderse en las torcidas corrientes panteísticas; intérprete como ningún otro mortal de la sublime armonía y del lenguaje de los ángeles, que ella reprodujo con gracia de mujer, y de mujer castellana, en libros que (para valernos de la frase discretísima de un sabio profesor catalán) con ser de los henchidos de más alta doctrina, mas que libros semejan candorosa plática familiar. Porque en la alteza de las cosas, añadiremos con fray Luis de León, y en la delicadeza y*

claridad con que las trata excede a muchos ingenios, y en la forma de decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale.

Con respecto al estilo, *escribe que no hay en el mundo prosa ni verso que basten a igualar, ni aun de lejos se acerquen, a cualquiera de los capítulos de la VIDA que de sí propia escribió santa teresa por mandado de su confesor, autobiografía a ninguna semejante, en que con la más peregrina modestia se narran las singulares mercedes que Dios la hizo, y se habla y discurre de las más altas revelaciones místicas con una sencillez y un sublime descuido de frase que deleitan y enamoran. ¿Quién ha declarado la unión extática con tan graciosas comparaciones como Santa Teresa, ya la de las dos velas que juntan su luz, ya del agua del cielo que viene a henchir el cauce de un arroyo? ¿ Y que diremos de aquella portentosa representación suya de la esencia divina, **como un claro diamante muy mejor que todo el mundo**, o como un espejo en que por subida manera y con **espantosa claridad**, se ven juntas todas las cosas, sin que haya ninguna que salga fuera de su grandeza? Ni Malebranche ni Leibniz imaginaron nunca más soberana ontología..*

A los que nos gusta la lectura tropezamos, frecuentemente, con libros que nos impresionan y quedan para siempre en nuestra memoria; y, en ocasiones, son tan magistrales que, con justificada y noble envidia, nos hubiera gustado ser los autores. Eso me ocurre con “Vida de Don Quijote y Sancho”, de Unamuno. Es un libro denso en ideas y rico en paradojas, tan propias de D. Miguel. Pues bien, en este libro, nos interpreta y aclara la vida y valores del inolvidable caballero manchego, subrayando detalles que en nuestra corriente y siempre apresurada lectura se nos hubiera escapado, al tiempo que

desarrolla toda una exaltada filosofía del quijotismo y de su misión ejemplar; de toda misión ejemplar, pudiéramos decir. Pues bien, a lo largo de sus páginas, aparecen multitud de citas y hechos de Santa Teresa. En el capítulo VIII escribe: *Así como don Quijote, enardecido por lectura de los libros de caballerías, se lanzó al mundo, así Teresa de Cepeda, siendo aún niña, y encendida por la lectura de las vidas de santos, que le parecía compraban muy barato el ir a gozar de Dios, concertó con su hermano irse a tierra de moros, pidiendo por amor de dios, para que allá los descabezasen...*

¿Qué es esto – se pregunta- sino caballería andante a lo divino o religioso? Y al cabo de cuenta, ¿qué buscaban unos y otros, héroes y santos, sino sobrevivir? Los unos en la memoria de los hombres, en el seno de dios los otros

ESTAMPA FINAL

La pregunta unamuniana es certera e inquietante, pero no la respuesta, por su excesiva rigidez. Cierto que tanto los héroes como los santos buscan sobrevivir como cualquier otro ser humano; pero no es ese el impulso exclusivo ni más fuerte que los lanza a la aventura, sino que en el alma del santo o del héroe confluyen distintas motivaciones de muy diversa índole, no ligadas necesariamente a la supervivencia en la memoria colectiva, o en la eternidad, que les obliga a obrar como lo hacen. Y estas motivaciones o fuerzas que los mueven son consecuencia de la convicción firme, profunda, de su misión en este mundo. Dios los ha señalado para el cumplimiento de unas tareas que no pueden eludir, que han de cumplir con forzosidad insoslayable. Llevarlas a cabo implicará esfuerzos, luchas, sacrificios, penalidades insoportables para el común de la gente; pero hacia ellas dirigirán todas sus acciones, como meta señalada, igual que la flecha impulsada por potente arco vuela hasta la diana elegida. Poco importa que el objetivo se alcance o no; lo

importante es el camino y los acontecimientos que en su recorrido se vivan y la manera de afrontarlos, que nos indicará la calidad del individuo - santo o héroe-, sus reacciones ante la miseria o la injusticia; calidad que se evidencia desde el amor con que ayuda y protege al débil, hasta la fundación de conventos con reglas más severas; desde la búsqueda de la justicia ideal, hasta la divulgación de la bondad de Dios y de los favores recibidos de Él; desde la rígida penitencia en Sierra Morena del Caballero de la Triste Figura, hasta los penosos sufrimientos de la enfermedad de la Santa, soportados con alegre ánimo.

No creo que haya irreverencia alguna, por eso lo hago, en comparar a Santa Teresa con un personaje de ficción. Ambos han terminado por representar, y representan aún, porque son eternos, unos ideales semejantes y por ellos lucharon con denuedo sin importarles gran cosa los aparentes fracasos, si es que los hubo, ni las zancadillas de los cobardes, ni las críticas de los envidiosos, ni las persecuciones o acechanzas de los enemigos. Pese a cualesquiera heridas, físicas o morales, y a los muchos obstáculos por vencer; pese a que las fuerzas a veces flaquean y la vista se nubla y las lágrimas pugnan por aflorar, siempre habrá una última chispa, en lo más recóndito del cuerpo, que encenderá la inagotable energía del alma para seguir avanzando, con la apetencia desesperada del sediento, hacia el manantial que significa el ideal soñado, hacia la misión para la que se ha sido elegidos, sin saber sin saber el motivo o razón, por el dedo imperativo de Dios.

Para quienes carecemos de tan fuerte espíritu, el ejemplo espléndido de seres como la madre Teresa nos ayuda a soportar las locas contradicciones de este mundo y nos sirve de guía segura hacia la felicidad, fin último, en resumidas cuentas, por el que todos trabajamos con mayor o menor fortuna, y al que pretendemos llegar, casi siempre, por senderos equivocados, sin comprender que el trayecto más corto se encuentra en las renunciaciones de nuestros egoísmos; verdad evidente que practicaban de manera cotidiana

Santa Teresa y San Juan de la Cruz, por citar unicamente dos figuras descollantes de esta orden.

De las descripciones físicas que de Santa Teresa tenemos, se desprende que era una mujer atractiva, de vivos ojos negros y *“un muy particular aire y gracia en el andar, en el hablar, en el mirar y en cualquier acción o ademán que hiciese”*, al tiempo que *“la vestidura o ropa que traía, aunque fuese el pobre hábito de sayal de su Orden, y un harapo viejo y remendado que se vistiese, todo lo caía muy bien”*.

En el aspecto espiritual, ya tenemos muestras sobradas de su forma de ser; en conjunto, Santa Teresa representa uno de los ejemplares de mujer más destacados de nuestra historia: bella y atractiva como ser humano, arquetipo insuperable como Santa, profunda como mística doctora de la Iglesia, extraordinaria como figura de nuestras letras.

¡ Dios de salve, Madre Teresa,
por el dedo de dios elegida
para mostrarnos en esta vida
un ejemplo de amor y entereza.
Al ingente valor de tu proeza
unes el de la palabra encendida,
que llega al alma y, prendida,
la sujeta, estremece y embelesa.
Llévanos a tu “castillo interior”
donde alcanzar el gozo divino
y encontrar tu misma fortaleza.
Guíanos a la presencia de Dios,
pues por duro que sea el camino

leve junto ti será, Santa Teresa.

LUCENA, Octubre 2002.

BIBLIOGRAFÍA

Santa Teresa de Jesús.- Obras completas. Edición de BAC

San Juan de la Cruz.- Poesías y otros textos.

Antonio Domínguez Ortiz.- El Antiguo régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias (Tomo III Historia de España Alfaguara)

M. Menéndez y Pelayo.- Antología.- Edición BAC

Rudolph Otto.- Lo Santo.- Revista de Occidente

José Servera Baño.- En torno a San Juan de la Cruz

Miguel de Unamuno.- Ensayos.- Aguilar

Smith Huston.- Las religiones del mundo.

Enciclopedia de Filosofía.- Grazanti

José García López.- Historia de la Literatura española